

EN LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

MADRID 1948



CRISTO, por Prieto Coussent.

SOBRE EL CRISTO DE BENITO PRIETO

LAS opiniones son encontradas; pero el público se ha aglomerado ante el cuadro, y el visitante curioso, que ha recibido ya su impresión personal, gusta de escuchar razones y argumentos. Predomina la sorpresa, el desconcierto; la impresión fuerte; en todo caso, sin embargo, el comentario es apasionado, vehemente, por lo general admirativo. Algunas voces hay discordes, fijan más bien en lo episódico (la exactitud histórica, las piernas cruzadas...) El análisis crítico por detalle de la obra de arte es absurdo; si es tal obra, no puede ser equiparable a un documento y sólo es parcialmente intelectual: es o no es. El arte es la elevación con esfuerzo supremo hacia una verdad que sólo el espíritu abierto del artista siente y desea, más que comprende. Aquí, sobre todo, aparece clara la tesis de Bergson: "la inteligencia busca, el instinto encuentra".

¡La verdad en el misterio de las dos naturalezas, divina y humana, en la muerte en la cruz! Si no es una muerte atormentada, no se expresa la magnitud del sacrificio; si no es un tránsito pacífico del cuerpo ingrátido hacia lo alto, no es Dios el que muere.

Aquí está el Cristo de Benito Prieto, descoyuntado, maltratado y, más que muerto, matado; impresionando la pobre naturaleza humana, maltrecha y desbaratada, profundamente trágica, con la sangre antigua en canales, el color resaltando las formas perdidas en los tonos verdes y macilentos de una lenta agonía, y se ve, sin duda, fría, fría la carne muerta —como "gusanos", según la profecía de Isaías—. Todo eso hizo, todo eso pasó Dios, y por pasarlo y entregarse a ello con decisión no humana, ahí está El.

Pero la cara, que no es carne, sino alma, conserva la sublime serenidad dissociada del dolor del cuerpo; el pelo bello, en raudales descendentes, apoya una cabeza que ningún hombre ha tomado aún en brazos amorosos, y su mano derecha, suelta, caída, humanamente inerte, divinamente habla en un ademán iniciado de adiós y bendición.

Y al fondo, un tono uniforme de caos, una noche que queda atrás cuando la Cruz, mástil y semáforo, camina a través de los siglos y de los hombres como una nave que perfora tinieblas, abre rutas de luz, crea cielos...

LA MAXIMA CONTIENDA DE LOS ARTISTAS ESPAÑOLES

EN la vida del arte español figura un acontecimiento bienal culminante, en torno del cual se desarrolla la labor y competencia de nuestros plásticos. Se trata de la Exposición Nacional de Bellas Artes, certamen creado en el último tercio del pasado siglo y merced al que el Estado incide de un modo directo y activo en la producción artística nacional, premiando y estimulando con recompensas efectivas y honoríficas la labor de los

pintores, escultores, grabadores, arquitectos y dibujantes españoles.

De la importancia de esta muestra española da idea su repercusión en los medios artísticos mundiales y su influencia en la categorización y jerarquía de los artistas dentro y fuera de la nación. Hacer la historia o referir la anécdota de las Exposiciones Nacionales resulta tarea demasiado extensa y difícil. Porque la Nacional no es, únicamente, ese conjunto de salas distribuidas en los dos amplios palacetes filipinos del parque del Retiro madrileño que, atiborradas de cuadros y esculturas, se exhiben al público. Este certamen, representando en todas las ocasiones el máximo y más completo exponente de la creación plástica española, resulta al mismo tiempo neurálgica ocasión para que las buenas rivalidades plásticas se erijan y pugnen, si no ya entre las personas de sus autores, entre las obras expuestas, las cuales, en su aparente inamovilidad, gritan la disconformidad, la rebeldía, la sujeción al viejo canon y, en muchos casos, la ineptitud o la pirueta "epatante".

Prueba de tal magnitud, protagonizada por gentes como los artistas en quienes la pasión es cualidad dominante e imprescindible, no puede dejar de ser en extremo apasionada y casi rabiosa. Los momentos que preceden a la inauguración registran enorme efervescencia en los cafés donde los artistas celebran sus tertulias e incluso en las mismas proximidades de los pabellones del Retiro, donde el Jurado de admisión y colocación debe realizar la ingrata tarea de rechazar forzosamente, una cantidad de obras casi igual en número al de las que alcanzan el premio de la exhibición.

Nada hay infalible en las determinaciones humanas, y mucho menos cabe pedir la infalibilidad en los juicios estéticos. La labor del Jurado de admisión de obras encuentra siempre puntos vulnerables que utilizan, con buena verborrea, los artistas despechados, que después de haber visto caminar sus obras hasta el local de exposiciones, han de retirarlas sin que el público las conozca.

En las últimas Exposiciones nacionales puede señalarse, por lo que hace a los Jurados de admisión, un más amplio criterio que en las pasadas. Se rechazan las obras atendiendo exclusivamente a su deficiente calidad técnica o artística, sin dejarse llevar de partidismos estéticos. Ello impide la repetición de hechos capaces



LA FARRUCONA por Miravalls Bové.



EL MONTERO DE ALPETREQUE por Adelardo Covarsi.



LA AGRUPACION NACIONAL DE MUSICA DE CAMARA por Juan Antonio Morales.

luego, cuando el error se hace público, de avergonzar a quienes lo cometieron. Famosa en nuestra moderna historia de la pintura se hizo la injusticia cometida con el entonces poco conocido pintor cordobés Julio Romero de Torres, a quien en una Exposición Nacional de Bellas Artes rechazó el Jurado su cuadro La musa de la copla. La indignación de Romero de Torres no se recataba de publicar aquella determinación a todas luces injusta, y tan seguro se mostró de su obra, que insistió con ella, llevándola a la Nacional siguiente, donde el cuadro rechazado obtuvo nada menos que una Primera Medalla.

Otro pintor rechazado en la Nacional fué Ignacio Zuloaga, quien en los primeros años de su carrera artística envió, sin fortuna, su lienzo La víctima de la fiesta, en el cual el Jurado no supo ver méritos suficientes para la exhibición. Zuloaga, seguro de sí mismo y de su gloria, no volvió a concurrir a ninguna Exposición Nacional, dándose el caso de que haya muerto sin poseer ninguna de sus recompensas, pero universalmente famoso y consagrado, bien que a punto de obtener, en desagravio, la Medalla de Honor, distinción suprema del certamen, para la que, en más de una ocasión, le propuso el Jurado de premios, sin que se le pudiera conceder, ya que el Reglamento de las Nacionales impide premiar a un pintor no concurrente al certamen, y ya hemos señalado que Zuloaga, olímpico, no volvió a la Nacional.

Entre los artistas rebeldes españoles —rebeldes a la consagración oficial—, no puede dejar de citarse al gran escultor Victorio Macho. El magnífico artista castellano no posee una sola de las distinciones que otorga la Nacional ni concurrió jamás a ella. No obstante, su prestigio dentro y fuera de España



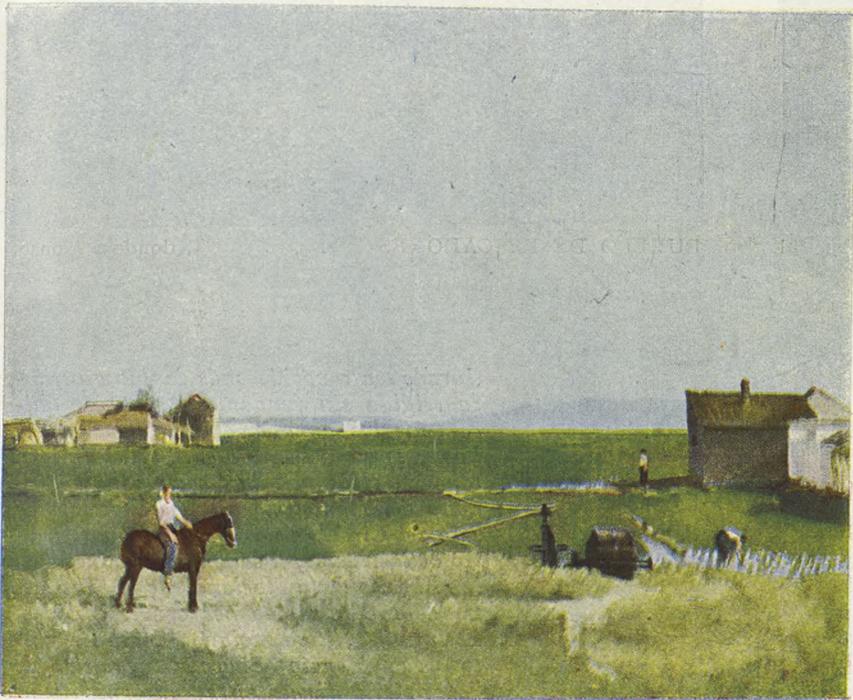
RETRATO DE D.^a M.^a MANUELA LOPEZ CHICHERI DE MANZANO por Juan Antonio Morales.



Arriba: PUEBLO (Homenaje a "Azorín") por Francisco Lozano; a la izquierda: RETRATO DEL ESCRITOR "AZORÍN" por Jenaro Lahuerta.



EL VALLE por J. Vila Puig.



LA NORIA por Francisco Lozano.

ALTAR por Eugenio Hermoso.



alcanza la máxima categoría.

A pesar de éstos que pudiéramos llamar islotes de la genialidad plástica española, los grandes artistas contemporáneos no eluden la prueba de vitalidad y potencia creadora representada por la Exposición Nacional de Bellas Artes. Casi todos los nombres máximos de nuestra pintura y escultura encontraron en ella su máxima jerarquización. La vida del artista español, en cuanto a lo que a formación y contraste se refiere, siempre ha presentado idéntico diagrama: primeros pasos, autodidactos o dentro del encauce de la Escuela Superior de Pintura y Escultura; pensionado en el Extranjero y, luego, Primera Medalla en la Nacional. Esta fué la trayectoria seguida por nombres máximos de nuestro arte: Alvarez de Sotomayor, López Mezquita, Vázquez Díaz, Chicharro, Manuel Benedito, Capuz, Moisés de Huerta, Planes, Adsuara, etc. Este es el camino que, con constancia y sólido valer, pueden recorrer todos los plásticos españoles.

Hay, no obstante, una distinción difícil, preciadísima, y a la que no todos los plásticos llegan: la Medalla de Honor. Con tal distinción se premia la vida y la obra de un artista en conjunto, no atendiendo exclusivamente al valor de las obras presentadas en el certamen dentro del cual se le otorga. Así como las Primeras Medallas son dos por cada una de las Secciones de Pintura, Escultura, Grabado, Dibujo y Acuarela y Arquitectura, la Medalla de Honor es una sola para todo el certamen, y puede ser concedida, indistintamente, a un pintor o un escultor —las otras secciones quedan algo postergadas en cuanto a esta medalla—, atendiendo a que su personalidad y obra merezca la suprema jerarquización.

La última Medalla de Honor concedida en Pintura fué la de José Gutiérrez Solana en la anterior Nacional, y en Escultura, la otorgada hace próximamente cuatro lustros al escultor cordobés Mateo Inurria. El pintor Solana, genial e incomprendido, había concurrido, no obstante, desde sus primeros pasos artísticos, a todas las Exposiciones Nacionales, llegando, entre admiraciones fervidas o repulsas biliosas, a la posesión de la Primera Medalla, en 1922.

Sólo le restaba ganar el galardón de la Medalla de Honor, y en su busca acudía una y otra vez a las Nacionales, sin gran fortuna. El Jurado, reacio a reconocer el máximo mérito de este plástico y el de su compañero en opción, el gran pintor Vázquez Díaz, declaró desierta la Medalla de Honor correspondiente al certamen de 1943. Solana concurrió, a pesar de ello, a la Nacional de 1945, con cuatro obras fundamentales: Los ermitaños, Corrida de toros en Castilla, Una visita y el retrato de don Valentín Ruiz Senén. Antes de la apertura de la Exposición, quien firma este artículo, en compañía de los pintores Juan Barbero y Miguel Pérez Aguilera, visitó a Solana en su casa y estudio de la calle Reina Cristina, de Madrid, con ánimo de inquirir sus impresiones y esperanzas de aquella Nacional.

—La Medalla de Honor no la darán —nos dijo—. El Jurado —añadía con su excentricidad tan personal— se hará con su importe una "paella", para comérsela allí mismo, en la Exposición.

Al preguntarle que si creía debía ser concedida a alguien, aseguró:

—Deben dársela al mejor, aunque sea un joven y no tenga nada.

Luego precisó su juicio:

—Deben dársela a Vázquez Díaz o a mí.

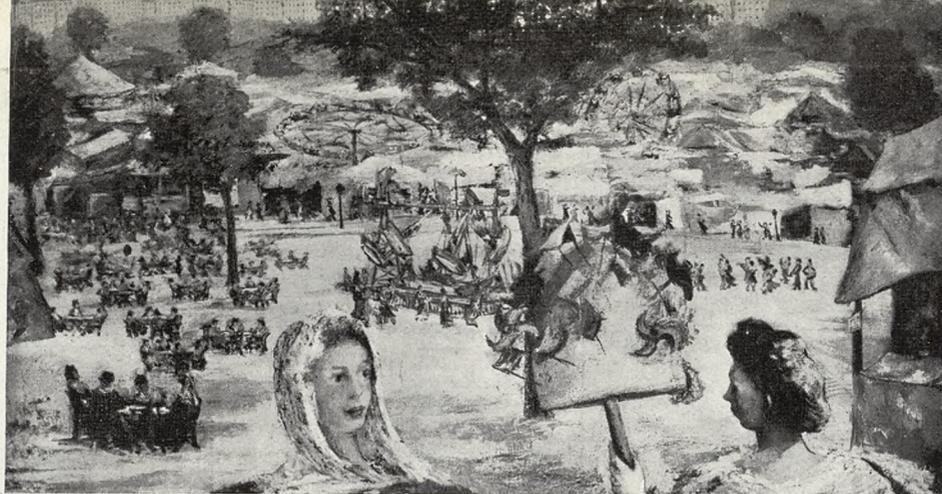
El genial pintor no tuvo la suerte de ver confirmados sus deseos. La muerte le sorprendió antes de que el Jurado calificador hubiese fallado el certamen. Los cuadros de Solana estaban allí, en el Palacio del Retiro; pero su nombre, en medio del de



RETRATO DE MI MUJER por Juan Miguel Sánchez.



MISTER STARKIE por Vázquez Díaz.



VERBENA

Arias Álvarez.



SEGOVIA

Redondela Alonso.



PIO BAROJA

Menchu Gal.



PUEBLO DE PESCADORES

Redondela Alonso.

tantos pintores vivos, acababa de pasar a la historia de la pintura universal: Solana, a los pocos días de morir, era premiado con la Medalla de Honor.

La muerte de Solana originó un movimiento de justicia en los medios artísticos. Los pintores Vázquez Díaz y Aguiar, que, con Hermoso y Soria Aedo, optaban también a la Medalla de Honor, se adelantaron a publicar sendas cartas en la prensa retirándose del derecho a obtener la preciada recompensa en favor del gran pintor fallecido. Todavía, dentro del mismo jurado de la Nacional, hubo algún voto contrario a la concesión de tan justo premio, voto que se apoyaba en la circunstancia de haber muerto el artista, argucia despejada con la consideración de que si el artista premiado había fallecido, la obra expuesta y concurrente había sido enviada por el pintor en vida.

Por lo que hace a la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1948, celebrada tres años después de la anterior, con un intervalo mayor que de costumbre por haberse celebrado en su intermedio y en los mismos palacetes la primera Exposición Nacional de Artes Decorativas, cabe señalar un tono general de muy subida categoría respecto de certámenes anteriores. Quinientas cincuenta obras de pintura, grabado o dibujo se exponen en el Palacete de Velázquez, primero de los dos en que se distribuye la Exposición Nacional. A más de estas obras, conviene contar, en lo que a datos sobre la producción artística española se refiere, las seiscientas que concurren con ánimos de ser expuestas en esta Sección de Pintura y que fueron rechazadas por el jurado de admisión. En la Sección de Escultura, instalada en el Palacio de Cristal, han sido expuestas hasta noventa y tres obras de escultores españoles. Las esculturas rechazadas por el jurado de admisión alcanzan el número de cuarenta. En Arquitectura concurren, con planos o maquetas, ocho expositores.

Destacan, entre las obras presentadas en Pintura, originales de artistas ya con fama que aún no alcanzaron Primera Medalla: Francisco Lozano, Juan Antonio Morales, Alberto Duce, Teresa Sánchez Gavito, Justa Pagés, Teresa Condeminas, Manuel Ramírez, Jenaro Lahuerta, Ricardo Macarrón, Prieto Coussent y otros. En Escultura, sobresalen los envíos de Ignacio Pinazo, Alfredo Felices, Martínez Penella, Carmelo Pastor, José Peresejo, Mustieles, Avalos, Vassallo y otros más que dan a la Sección un tono de buen decoro y avance artístico.

Optan a la Medalla de Honor los pintores Daniel Vázquez Díaz y Eugenio Hermoso y el escultor Moisés de Huerta. El primero muestra en su envío la madurez más completa y lograda de su arte. Su retrato ecuestre de Hernán Cortés y el del violinista Walter Starkie, director del Instituto Británico de Madrid, junto con un retrato de niña, sitúan a este pintor, muerto Solana, como la más alta representación de la moderna pintura española. Eugenio Hermoso insiste con sus obras en la voluntaria entrega a los temas y costumbres de su tierra extremeña. El escultor Moisés de Huerta presenta un desnudo de mujer, modelado en Roma en 1910, y su estatua ecuestre del Generalísimo Franco, realizada con destino a la Academia General Militar de Zaragoza.

Esta Nacional de 1948, como la de otros años, hace concebir ilusiones a muchos artistas y servirá para derribar, en el momento en que el fallo del



DESNUDO. Moisés de Huerta.

Jurado sea conocido, más de una esperanza erigida sin fundamento. No son únicamente los premios oficiales, las medallas propias del certamen. Se discernirán también otros premios, como son la Medalla del Ministerio del Ejército y la de Oro del Círculo de Bellas Artes que, dentro de la Nacional, son también otorgadas.

El fallo de la Nacional de Bellas Artes de 1948 ha sido por demás ecléctico. En pintura, el valenciano Jenaro Lahuerta, en cuyo envío destacaba un retrato de "Azorín", finamente conseguido y de exacta aproximación fisiognómica, ha logrado una de las Primeras Medallas. Parejo galardón consigue el extremeño-

portugués Adelardo Covarsi, y el sevillano Juan Miguel Sánchez, de cuyo envío preferimos un retrato de mujer de línea sentida y fina valoración cromática. Juan Antonio Morales, representante de la más joven escuela de nuestra pintura, obtuvo Segunda medalla. Su retrato de la señora doña María Manuela López Chicheri de Manzano es una lección de modernísima plástica. Segundas Medallas han recibido también el paisajista Francisco Lozano, Gabriel Esteve, Francisco Ribera, Enrique Segura y José María Labrador. Las Terceras Medallas fueron adjudicadas por el Jurado a Concepción Salinero, Teresa Sánchez Gavito, Alberto Duce —magnífico pintor cuyo envío encontró elogioso eco en la crítica y el comentario público—, Paulino Vicente, Agustín Redondela, autor de dos soberbios paisajes, Guillermo Vargas, José María Vila, Benito Prieto Coussent —quien presentó una imagen de Cristo realizada según los datos suministrados por la arqueología cristiana, pero que en su pintura no demostró más audacia que la fidelidad al documento—; Amadeo Fontanet, Solís Avila y Ricardo Macarrón. Mariano Moré y Pedro Mozos fueron propuestos para Segunda Medalla en una ampliación.

Las dos primeras Medallas de Escultura las obtuvieron Ignacio Pinazo y Vassallo. El magnífico envío del primero de ellos, un desnudo de líneas neoclásicas, y una estatua soberbia del pintor Pinazo Camarlench, justifican plenamente el galardón recibido. Fino y mediterráneo el desnudo de Vassallo, titulado "Gades". Las Segundas Medallas recayeron sobre el joven escultor Martínez Penella, Carmen Jiménez y el valenciano Vicent. Las Terceras fueron para Luisa Granero, Higuera Cátedra y González Clavero. Primera Medalla en Grabado ha sido Vila Arrufat; Segunda, Ernesto Furió, y las dos Terceras se distribuyeron entre Francisco Iñiguez y Julio Franco. La Primera Medalla de Dibujo se adjudicó a Jesús Molina.

Una última línea para consignar el anhelado fallo sobre la Medalla de Honor. En reñidísima lucha, y por la diferencia de un solo voto, ha sido otorgada a Eugenio Hermoso. Este fallo deja por esta vez sin el premio merecidísimo a lo largo de su obra amplia, españolísima y universal, al ilustre pintor Daniel Vázquez Díaz.

Nuestro propósito al referirnos a la Exposición Nacional de Bellas Artes ha sido más procurar una referencia de su ambiente, algo del perfume de su historia anecdótica, que establecer unos datos concretos, afilados de sutilezas críticas, acerca de las obras expuestas en la misma. La Exposición Nacional de 1948 puede resumirse, sin temor a yerro, como un palpito total y buen expresador de la incansable e inspirada actividad de los plásticos españoles, cada vez más superados y seguros en el camino de sus ambiciones estéticas.